

*D*ía de las Letras Canarias 2014. *Agustín Millares Sall: Yo poeta declaro*

EL GOBIERNO DE CANARIAS DEDICÓ AL POETA Agustín Millares Sall (Las Palmas de Gran Canaria, 1917-1989) y Premio Canarias de Literatura en 1985 el Día de Las Letras Canarias 2014. Esta elección supuso un especial reconocimiento a su prestigioso trabajo intelectual como escritor.

La elección del día, 21 de febrero, como fecha conmemorativa obedece a que ese mismo día del año 1813 tuvo lugar en Las Palmas de Gran Canaria el fallecimiento de José de Viera y Clavijo, polifacético autor canario que constituye un claro exponente de nuestra literatura y que entronca con varias áreas de conocimiento. Con la institucionalización del Día de las Letras Canarias, el Gobierno pretende reconocer la labor llevada a cabo históricamente por los autores canarios dedicados a cualquier faceta de la cultura, en el convencimiento del importante valor que tiene para la comunidad el conocimiento de sus literatos, investigadores, críticos, editores y, en general, de todas aquellas personas que de una u otra manera forman parte del sector del libro y que ayudan al desarrollo cultural de las Islas. Por eso, cada año está dedicado a uno o a varios autores que transmitan los valores que la comunidad canaria quiere que prevalezcan.

Como referencia señalamos las ediciones del Día de las Letras Canarias que se han realizado hasta hoy en día (2014-2006):

- 2014, Agustín Millares Sall (1917-1989)
- 2013, José de Viera y Clavijo (1731-1813)
- 2012, Pedro García Cabrera (1905-1981)
- 2011, Tomás Morales (1884-1921)

- 2010, María Rosa Alonso (1909-2011)
- 2009, Mercedes Pinto (1883-1976)
- 2008, Benito Pérez Galdós (1843-1920)
- 2007, Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610) y Antonio de Viana (1578-1650)
- 2006, José de Viera y Clavijo (1731-1813)

La Consejería de Presidencia, Cultura y Nuevas Tecnologías del Cabildo de Gran Canaria, a través de la Biblioteca Insular de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, la Librería del Cabildo de Gran Canaria y la Casa-Museo Tomás Morales, quiso sumarse, con el objetivo de fomentar y divulgar, aún más, la vida y obra de Agustín Millares, a los distintos actos programados por el Gobierno de Canarias para conmemorar el Día de las Letras Canarias 2014. Así, en la Biblioteca Insular de Gran Canaria y bajo el título “La poesía social de Agustín Millares Sall”, por un lado, se impartieron las conferencias “Agustín Millares Sall, un poeta de *Antología cercada* (1947)”, por Nicolás Guerra Aguiar; “La poesía de Agustín Millares:



Programa del Cabildo de Gran Canaria del Día de las Letras Canarias 2014: *La poesía social de Agustín Millares Sall.*



Ilustración de Alberto Manrique para *Salvas de juguetería*. Archivo-Biblioteca Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

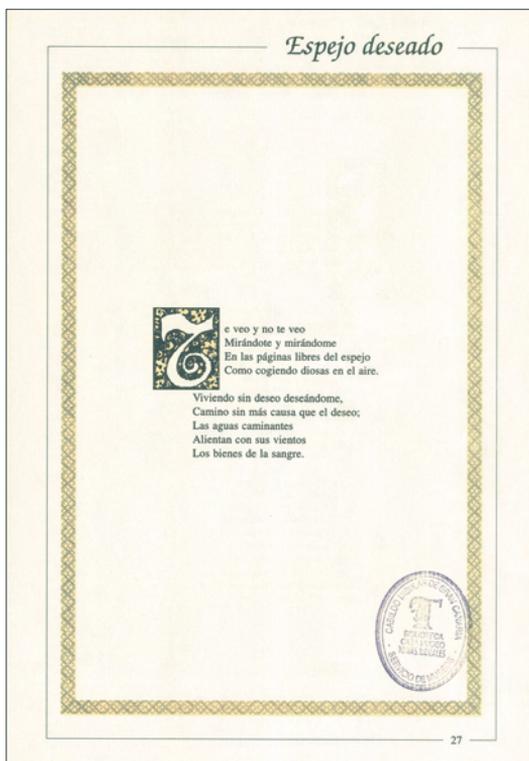
entre lo social y lo amoroso”, por Jesús Páez; y “Cuando la poesía estaba en la calle”, por Luis León Barreto. Por otro lado, se celebraron dos conciertos (estas dos actividades se llevaron a cabo desde el 28 de febrero hasta el 27 de marzo). Además, el Departamento de Ediciones del Cabildo de Gran Canaria ha puesto en circulación dos ediciones electrónicas de dos títulos: *Agustín Millares Sall: el hombre y su época* y *Agustín Millares Sall: la obra comprometida*. Se trata de dos ensayos realizados por el profesor Jesús Páez Martín sobre la personalidad y trayectoria creadora del poeta Agustín Millares Sall. Ensayos publicados por Ediciones del Cabildo de Gran Canaria en formato tradicional en 1993 y 1995 y que se reeditan ahora en versión e-pub. Mientras, La Librería del Cabildo de Gran Canaria inauguró el 19 de marzo un escaparte homenaje a Agustín Millares Sall realizado por Cristian Jorge Millares. Este acto contó con la presencia de la viuda del poeta,

Magdalena Cantero que recitó una composición poética. Por otro lado, en la Casa-Museo Tomás Morales se desarrolló el taller didáctico “Agustín Millares Sall: la palabra que no palidece” del 24 de febrero al 28 de marzo de 2014. Y por último, dentro de los actos programados para celebrar los 15 años del Teatro Cuyás (1999-2014) se organizó un recital de poesía el 14 de marzo donde no pudo faltar Agustín Millares Sall y donde se interpretó un fragmento de una de sus composiciones más representativas “Saludo”, *Yo poeta declaro*.

En 1997, el Cabildo de Gran Canaria junto con otras instituciones insulares patrocinan la edición *Salvas de juguetería* (1989) de Agustín Millares Sall; edición ilustrada por Alberto Manrique y prologada por Carlos Álvarez. Magdalena Cantero Navarro, la viuda de Agustín Millares, nos recordaba, en un artículo publicado en *La Provincia – Diario de Las Palmas* el pasado 27 de marzo de 2014, lo siguiente:

“Cuando Agustín murió dejó escrito una serie de poemas dedicados a sus hijos/as y nietos/as con el título *Salvas de juguetería...* Fui yo quien quiso que se publicara y que, aparte del valor de sus versos, fuera un libro hermoso de mirar”. Acerca del ilustrador del libro Magdalena Cantero escribe lo siguiente: “...Alberto Manrique, de cuyas manos salieron esas páginas con sus guarniciones y letras capitulares tan hermosas y, como el libro estaba dividido en seis partes (los cinco hijos y yo), seis magníficas láminas con sus hermosos dibujos”. Por otro lado, Magdalena Cantero nos cuenta como contactó con el prologuista de la edición: “También contacté con Carlos Álvarez, el poeta, escritor y gran amigo de Madrid, que consta en el libro y es uno de los mejores trabajos que se han escrito sobre la obra de Agustín”.

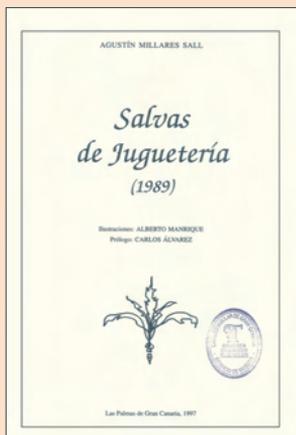
Nos dice Carlos Álvarez en la segunda frase del prólogo que le dedica a Agustín Millares Sall “una reflexión impregnada de serena sabiduría”. La Casa-Museo Tomás Morales reproduce el prólogo completo de esta edición como homenaje a Agustín Millares Sall sumándonos a la opinión que tiene Magdalena Cantero sobre este prólogo que reproducimos a continuación.



Capitular de Alberto Manrique para la composición poética “Espejo deseado” en *Salvas de juguetería*.
 Archivo-Biblioteca Casa-Museo Tomás Morales.
 Cabildo de Gran Canaria.



PRÓLOGO DE *SALVAS DE JUGUETERÍA*, DE AGUSTÍN
MILLARES SALL POR CARLOS ÁLVAREZ



Portada de *Salvas de juguetería* (1997) de Agustín Millares Sall. Archivo-Biblioteca Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

Nos llega un soplo de la tragedia griega, una reflexión impregnada de serena sabiduría: «¿Quién, hasta el final de su vida, puede decir que ha sido dichoso?» Sin duda, de haber llegado antes de conocer tanto dolor, en los momentos de su plenitud vital, por difícil que le resultara en tiempo de más amplio disfrute de su gloria afrontar el trance irreversible. Y el lamento del coro griego, esa voz plañidera de la muchedumbre, encuentra su eco en una interrogante moral: ¿quién, hasta el final de su vida, puede decir que ha sido justo? Nunca fueron las tentaciones patrimonio exclusivo de los que se refugiaron en la soledad del desierto, de quienes abandonaron por su propia vida decisión de los goces mundanales. En la simple cotidianidad de cualquier aventura vital, tras las esquinas de lo imprevisto, donde las horas –siempre misteriosas– acechan, puede surgir aquello que no habíamos imaginado, pero que nos llama con su toque purpúreo: lo que acaso tuerza por zonas de penumbra escondidas en su esplendorosa luminosidad la rectitud de un pensamiento íntegro.

Pero no cabe la incertidumbre, la vacilación, ante quien culminó su peripecia. Cuando un hombre es recuerdo y su biografía no esconde capítulos, ni perfiles ignorados, sólo entonces podemos establecer su valoración definitiva, afirmar nuestra certeza sin temor a que el futuro modifique la imagen que la realidad esculpíó. Y si tal hombre era, –y, por lo tanto, es– un poeta que trazó con el cincel de su palabra y dejó expuesto a la contemplación de los demás el desarrollo de su pensamiento –y de sus aspiraciones, propias y plurales–, sólo nos basta mirar que para que, como dijera otro gran poeta fraterno, aquél que se llamara barro aunque Miguel se llamara «se llene de verdad la mirada». Mirada que se ensancha ante el estímulo de un ejemplo humano de altísima magnitud luminosa si en Agustín Millares la descansamos.

Me resulta difícil hacer un comentario, por apresurado que éste sea, de la obra de Agustín Millares, de una parte de ella –incluso aunque se tratara de un solo verso,



dentro del cual tal vez podría contenerse todo un esclarecimiento poético–, sin poner delante la afirmación de que –lo que no siempre ocurre en un gran poeta– en el poeta, el enorme poeta Agustín Millares, habitaba un hombre de excepcional categoría humana. Y que esa humanidad era la fuente desbordada de su inspiración... y de su trabajo, que es la forma más a ras de tierra de llamar a aquélla. La añadidura consistió, simplemente, en embriagarse con el ejercicio de un don que, en una familia pródiga en artistas, le había sido otorgado por la evolución autodinámica de la materia a la que algunos llaman Dios: la palabra. El don de la palabra. El don más peligroso, según Hölderlin.

Porque la palabra no es un simple sonido cuya percepción provoque, como la de la Música, posibles sensaciones: encierra un añadido intelectual, porque configura conceptos. Puede estancarse o fluir en el espacio –ese reverso del tiempo–, y dialogar con el tiempo, que es la otra cara del espacio. Y si quien con ella juega y al jugar investiga, está en posesión de una mente lúcida capaz de desentrañar los significados esenciales, si a tanto llega, puede explicar lo que existe bajo la corteza de lo cotidiano o perderse en el deslumbramiento de los arcanos más insondables; aprehender el significado profundo de lo aparentemente sencillo... o desmascarar la vacuidad de lo que se disfraza y reviste con un oropel de un falso ropaje. Es entonces cuando la palabra se transmuta en poesía: cuando revela el oculto significado de las cosas, cuando establece la relación entre hechos aparentemente distintos, cuando se sale de su propia envoltura anecdótica para adquirir validez y enjundia precisamente cuando trasciende el tiempo, añadiéndole a la palabra el paradójico adjetivo, no definidor en este caso como pedía tantas veces, «esencial», porque entonces se armoniza lo antagónico y da origen el sobresalto poético. Veámoslo, por ejemplo en estos versos:

Lo dice el castaño en flor,
aunque silenciosamente;
lo dice el agua en la fuente
aunque con nublada voz.

.....

Lo dice el aire de nieve
del dedo que disparó:

Aunque parezca que no,
por aquí pasó la muerte.

Versos, del poema “Agaete”, escrito en 1974, en los que el tiempo parece haberse detenido, congelado en una imagen fotográfica, para producir la sensación de atemporalidad –o de lo que se canta y cuenta ocurre en un momento continuo, lo que vendría a ser lo mismo– que el poeta persigue cuando recuerda un sangriento episodio de la represión franquista.

La búsqueda de la expresión reveladora de un sentimiento de sorpresa, lo que podría constituir una definición de la poesía ni más ni menos gratuita que tantas otras con las que se ha



pretendido encasillar lo inefable. Pero lo que nos causa sorpresa puede habernos sobresaltado –y el poeta tal vez intentó así conseguirlo– tanto arriesgándose por terrenos peligrosos como dejándose llevar por la pereza apacible, acaso sólo aparente, de los caminos menos atormentados. En el poeta suele haber una pendular tentación dialéctica ante la llamada de la cumbre y la llanura; no siempre es idéntica la imantación de la brújula que le indica el rumbo de su ebriedad. Recuerdo unos versos que no son de Agustín y sobre ellos meditan: «El poeta / ¿culpable no es al fin de su destino? / Su horror a la llanura fue su crimen. / No encontrará de nuevo, su castigo». El tono de Agustín Millares suele ser sosegado, a veces incluso cuando increpa, porque sabe que la altivez de la cumbre necesita el contraste de la llanura; nunca prosaico, absurda acusación que suelen hacer los exquisitos de cuello de cisne a quien trató de sumergir su sentimiento y su expresión en las mismas aguas frescas de la vida, y en el sudor y en el barro para ponerse al servicio de los demás, y utilizó como instrumento de trabajo adecuado a tal servicio la palabra poética. Que la poesía es un arma, la tan repetida aserción de Celaya continuadora de la de Hölderlin, es una verdad, no por lejana o aún no demostrada, discutible. La poesía puede determinar la toma de conciencia de un hombre de acción, de un grupo humano. Y son los grupos humanos actuantes los que tienen a su alcance, o les es posible tenerlo, el acometimiento de la hazaña aún no realizada... o frustrada cuando se realizó: La Revolución.

Te digo que no vale
meter el sueño azul bajo las sábanas,
pasar de largo, no saber de nada,
hacer la vista gorda a lo que pasa,
guardar la sed de estrellas bajo llave.

.....
Vuelvo a la carga y digo: Aquí no cabe
esconder la cabeza bajo el ala,
decir no lo sabía, estoy al margen,
vivo en mi torre solo y no sé nada.

Te digo y te repito que no vale...

Declaración de principios que se completa con la del poema "Saludo":

Yo, poeta, declaro que tú eres poeta
porque anuncias y cantas el mañana del mundo...

en la que, alterando el orden cronológico de los versos, se pasa del rechazo de quienes se encierran en su torre de marfil y no afrontan el peso de las circunstancias porque no han querido ser, parafraseando a Feuerbach, «estudiosos del más acá», a la afirmación de que el horizonte puede ser venturoso... si entre todos nos esforzamos y arrimamos el hombro para que lo sea.



Es por ello por lo que otro de sus iguales, Leopoldo de Luis, siempre certero como crítico y elevado como poeta, le definió en su momento como «poeta de la utopía». Pero, ¿no es la utopía de ayer, si reparamos en algunos logros y alcanzados, la realidad de hoy? *Poeta de la realidad anticipada*, hombre que ve sobre la pértiga del tiempo lo que se esconde tras la curva del camino por el que avanzamos (de un poeta hay que hablar siempre en presente), Agustín Millares ha dedicado gran parte de su existencia y su talento a convocarnos a la tarea común: la posible transformación de la sociedad y de cada ser humano, que desprendidos de su lastre competitivo pueden llegar a ser cooperativos: la incommensurable hazaña cultural, moral y política, consistente en realizar en sentido inverso un ejercicio de licantropía bajo el impulso lunar de los principios dignos: la metamorfosis del lobo en hombre, la victoria sobre el monstruo por Hobbes.

Matizo, claro, el sentido de lo que estoy afirmando, pero no lo contraigo. La utopía de ayer no es la realidad de hoy. No se alborozó aún –nada más lejos– el espíritu humano ante la visión placentera de una convivencia idílica, e incluso no es impensable que no se alcance nunca tal maravilla: siguen el hambre y la guerra, la ignorancia y el crimen señoreando la tierra. Pero la utopía de hoy puede llegar a ser, *tiene que llegar a ser*, la realidad de mañana. Que sólo será mejorable mediante el cultivo de los atributos positivos del ser humano, de cada ser humano: a través de esa revolución. ¿No habría sido el sueño de Leonardo volar a Roma a Nueva York, tal como hoy la conocemos, hubiera existido en tiempos de Leonardo y hubiera tenido él conocimiento de su existencia... o alcanzar la Luna, aunque pronto se llegara a ella y en ella permanezcamos en sentido metafórico? Lo que en el terreno de los acontecimientos de la física y su proyección tecnológica y se ha logrado puede ser un optimista, pero firme, punto de partida para imaginar que, liberada de los perversos condicionantes de un mezquino interés, la inteligencia colectiva, alguna vez, encontrará los estímulos necesarios para conseguir un renacimiento moral planetario basada en los ideales auténticamente elevados que conducen a la fraternidad. ¿No fue otrora utópico soñar con el fin de la esclavitud? ¿No se ha visto el hombre inicuo obligado a ocultar el espectáculo, antes público, de la conciencia de su vileza? Cuando toda la energía, el talento, la sabiduría de quienes han transformado la naturaleza y sus fenómenos, antes terroíficos la mayoría de ellos, en la casa y la veste que nos protegen de sus inclemencias o en la luz que nos permite ver en plena noche el conjuro de un simple gesto de la mano, se ponga al servicio de lo útil –y pasen a ser la guerra y su parafernalia tanto como quienes las conducen, o la explotación de los seres hermanos, un recuerdo siniestro cuyos vestigios se conserven en los museos–, ¿no serán la simple constatación de la realidad de los versos de Agustín:

Yo, poeta, declaro que el poeta es humano
aunque a veces nos haga presentir lo divino.

Agustín Millares anuncia y canta el mañana del mundo. Un mañana *posible. Probable*, si su mensaje encuentra eco. *Cierto*, cuando el eco de su mensaje se haya convertido en acción: acción liberadora. Sí. La poesía es un instrumento para cambiar el mundo, un arma cargada de futuro.



Quien así piensa, y en función de ello así canta, suele ser definido como un poeta social. Pero tengamos cuidado con los adjetivos, porque parcelan la realidad y, al parcelarla, acortan su dimensión. Y aunque por ese camino haya transitado siempre, o al menos con mucha frecuencia, la poesía de Agustín Millares, no aceptamos sin más la tópica clasificación de poeta social con que generalmente se le ha encasillado aunque, eso sí, situándosele en la cima de tal supuesta tendencia estética. Por dos razones: la segunda, y no fundamental, porque el abanico temático de sus inquietudes, pese a su exigencia civil, no le ha reducido a la preocupación solidaria. El amor, la muerte, la duda... los grandes misterios que ponen zozobra en la mente de cualquier ser humano escriba o no poesía, han sido también, cómo no, objeto del diálogo que un buen día inició su yo subjetivo con cuanto inspiró su necesidad de investigarlo a través del lenguaje poético. Y, en primer lugar, porque es sospechosa la etiqueta de *social* que, siempre desde la crítica burguesa (¿y cuál no lo es, si se ejerce desde los *medios de comunicación*, y éstos obedecen servilmente a las leyes del mercado?), se coloca a los poetas inconformistas con el Sistema, a los que no aceptan los dictados del Poder constituido, a los rebeldes –o revolucionarios– en suma. Tengo la mala costumbre de repetirme, quizá porque soy consciente de que son muy pocos los que habrán leído mis prosas o escuchado mis palabras, y no creo incurrir por ello en el riesgo de que se me haga tal reproche, por lo que volveré a decir algo que he expresado en alguna otra ocasión: si el poeta *social* (es decir, un poema *limitado* a un tipo de discurso, generalmente mal considerado por los cancerberos del Parnaso, y en todo caso sujeto a la minimización que todo adjetivo, por reducción de su más amplio ámbito, conlleva) el de quien fundamenta el temblor expresivo de su palabra –o la esclavitud verbal–, la angustia de su sentimiento, en los problemas sociales, ¿por qué no se califica de *botánico* al dedicado a la rosa, por qué no de *zoológico* al del enamorado del ruiseñor? Un poema es un poema; un poeta, un poeta. Si ocurre que, además o ademenos, asienta su necesidad de comunicación subjetiva impregnada de su propia sensibilidad en problemas del ser humano, tanto mejor para su valoración como tal, como ser humano. Pero nada le añadirá, no le restará, su fuente de inspiración a la elevación de su vuelo, que dependerá de otros factores: nunca de los temáticos.

Con *Salvas de juguetería*, libro póstumo de Agustín Millares, el lector acostumbrado a paladear su poesía se llevará una buena sorpresa. Aunque dividido en cuatro secciones, contiene dos partes claramente diferenciadas, no cuatro. Las tres primeras se distancian considerablemente de los poemario anteriores de Agustín Millares, aunque no demasiado en lo más simplemente forma, porque siguen atendándose a la disciplina de rima y ritmo constante en la obra de su autor, pero sí en lo más sutilmente formal, esa forma que es ya parte de su contenido y se identifica con él, cumpliendo la exigencia estética que una vez formuló José Ángel Valente al opinar que cada contenido requiere una forma concreta y no otra. La última sección, por el contrario, *Divertimento en la grada*, es perfectamente continuadora sin ruptura de los trabajos ya conocidos de nuestro poeta, y podría ser considerada una lógica consecuencia de *Metamorfosis de la estrella*, ya que entre sus poemas asoma continuamente no sólo el poeta lírico de *Más lejos que yo amargo*, sino también el poeta civil de *Poesía unánime*. El final, por ejemplo, de *Canto*

→

inaplazable. «Pongo mi voz en peligro / para que alumbre la calle», además de sintetizar la trayectoria literaria de quien, en efecto, sembró luz en la ceguera de sus paisanos y sufrió por ello, como el mejor de los bienaventurados, persecución por la justicia, tiene este tono rotundo que siempre ha sido una constante en la voz de quien confió más en la expresión coloquial –y en la comunicación oral– que en la palabra esotérica perdida por lo vericuetos de un laberinto visionario. *El revisor del tren de la fortuna*, que taladra su saludo, podría ser otro ejemplo válido de quién es el poeta y cómo se ha expresado a través del tiempo, a la vez que la clarificación de por qué, en el momento final, renuncia a saber «dónde está el sueño perdido». Pero *Versos para una infanta*, *Salvas de juguetería* y *Amor que estás en lo cierto* (*Salvas de juguetería* en realidad) nos muestran a otro Agustín Millares: un poeta que, ante la proximidad de la muerte, comienza con libertad irracional un juego infantil con sus nietos.

Trágica paradoja: *salvas de juguetería*. Pero no nos dejemos engañar por el título. Ni Agustín ha disparado nunca balas –en el sentido lírico de la expresión– ni son juguetes infantiles los que maneja e intercambia cuando intenta entregarse a la voluptuosidad de lo lúdico. En *Segunda enseñanza* –1974–, y más concretamente en el poema “Una coliflor inmensa”, nos confesó: «Y yo le dije en una hora / en que jugaba con la imagen nueva, / en mi época / surrealista». La admirable antología *La palabra o la vida* que con pasión amistosa compuso Jesús Páez, estudioso de la obra de Millares, no recoge muestra que permita suponer algo distinto de que su «época surrealista» hay que situarla en su prehistoria poética y que probablemente fue extremadamente breve. No parece que hasta *Salvas de juguetería* (de la que, por cierto, incluye el antólogo algunos poemas en *La palabra o la vida*) haya pretendido Agustín Millares sobrepasar lo real impulsando con automatismo psíquico lo imaginario y lo irracional, que es como explica la edición actualizada de la DRAE lo que pretende el superrealismo, a no ser que tal expresión sea común a toda expresión poética. Es cierto que ha jugado muchas veces con la ironía, que ha contrapuesto a la belleza de la palabra con que lo definía un contenido supuestamente antipoético, que el humor no es un ingrediente ajeno a la composición de su tristeza y que lo onírico ha subyacido en la materia de la que ha hecho nacer sus poemas Agustín Millares. Desde *Tierra batida* –1986–, y es un dato que conviene tener en cuenta, prescinde, salvo en raras ocasiones de la coma, lo que presupone dejar al lector en libertad de colaborar en la recreación del poema con más independencia de criterio al mismo tiempo que difumina su contenido, y esto revela a su vez un alejamiento del didacticismo, frecuente como es natural en quien intenta movilizar conciencias ajenas transmitiéndoles sus propias inquietudes. Camina hacia una liberación de trabas –en el sentido primario de la expresión «formal»– que (recordemos que artificio y arte son conceptos relacionados) es paradójicamente imposible, ya que si es difícil concebir una poesía sin libertad –que no es lo mismo que formalmente libre– es igualmente difícil imaginar un arte no intelectualmente sujeto a las formas que lo condicionan. En *Salvas de juguetería* se aproxima Millares al superrealismo, lo onírico penetra en su expresión con más fuerza que en otros momentos de su andadura literaria. ¡Extraños juguetes los de la guerra! Que acuden como ráfagas a su cerebro desde “Aldea del Cano (1937)”:

→

Concentración de cerdos por las alas
sorteando batallas
inventadas

o desde “Caudete de la fuente (1939)”:

El mar era de naranjas
como el dedo era de la cruz
de las finanzas.

El pez vistió de azul
dentro del agua
mientras iba la luz
de un mar de plata
hasta un menú
que no encajaba.

Su imaginación, la que viene de las profundidades del sueño, se ha hecho más libre, más irracional por tanto –diría, al menos, Jorge Guillén ya que «do oscuro se dirige hacia lo claro»–. “Las dormidas ciudades”:

Parecen muertas
con su luz desierta
expectante contemplan
cada descendencia
de su imagen negra
sobre los cristales.

Las ciudades viejas
emprenden el gran viaje.

Ante la hora que se avecina el gran poeta Agustín Millares –quizás más joven y más irracional y más libre, pero sin renunciar en aras de la libertad a cuanto de sabiduría acumuló, a todo lo que aprendió y practicó para que su expresión fuera arte– juega y experimenta, incluso –moderadamente– con la disposición de sus versos. Y lanza, como un guiño genial al destino, sus salvas de juguetería:

Seguro y dispuesto salto.
Aún no sé se de caballo
Me han dejado cabalgando
en el espacio.

CARLOS ÁLVAREZ
Madrid, febrero de 1995